

Antonio López del Moral

Periodista y escritor.



Vengo a presentaros el libro de un gallego que no sabe que lo es. Pero esto no es necesariamente malo. No pasa nada. Valle Inclán tampoco sabía que lo era, y una noche se despertó soñando con sombras, y se levantó a toda prisa y corrió al retrete, porque pensaba que los retortijones eran el alcanfor seco de la muerte a plazos. Luego resultó que se trataba de la Revelación de la divinidad, no sé si la misma a la que se refiere Leo Bassi, ya

me entienden, y en lugar de vaciar las tripas lo que vació fue el alma, y le salió Flor de Santidad; un libro muy gallego, que, ya digo, no sé si es un piropo o una amenaza. O a lo mejor es tan sólo es un trozo de conciencia. Galicia es una tierra de bruma y espíritus, un bosque de aromas y amor prohibido, un cuadro pintado con literatura, que es la pintura más indeleble que existe, porque lo que te tiñe de forma irremediable, es el alma.

A José Enrique Canabal, que además de gallego es escritor, y que además de gallego y escritor, es amigo, lo que le sale en su novela es la Galicia de la esquina, esa esquina sentimental de madera y bronce. Ese rincón de café donde las putas han aprendido a jugar al mus, y a la que te descuidas te meten un órdago a pares, y no te queda más

remedio que achantarte, porque las putas es que saben mucho de la vida. Y es que parece que las putas fueran gallegas, que no quiere decir que las gallegas sean putas. Ustedes me entienden. El gallego sabe tanto de la vida porque se mueve en la frontera de la muerte, y por eso el gallego sabe tanto del sexo, porque el sexo sabe a muerte, y la muerte tiene el aroma falaz de esa metáfora del sexo que son las nécoras. La muerte es una nécora pescada en la Ría de Arosa, un mejillón ennegrecido, vivo y disimulado en su quietud, una lamprea que se te agarra en los bajos del corazón y no te suelta, y te acompaña siempre, y te susurra, y cada vez que te miras de refilón en un espejo, la ves ahí, escondida y colgando de tu pecho, como la medalla de tu primera comunión, pero *negra*.

Canabal nos habla de la muerte en su novela, del escaso valor de la vida, y de la imprevisibilidad del último minuto, el momento del llanto y la catástrofe, la oscuridad de la ventana abierta, la cuna vacía y la puerta cerrada. Marea Baja es un libro sobre el narcotráfico, sobre la línea de sombra, que decía Joseph Conrad, Marea Baja es un libro que nos muestra lo peor de nosotros mismos, una especie de retrato de Dorian Grey en negativo en el que, al describir los crímenes, los excesos, los delitos, va apareciendo una imagen de quien lo lee, de forma que al pasar la última página y dar la vuelta al libro para leer la contraportada, lo que encuentras es una foto tuya, pero con una expresión de horror que también te espanta a ti, tautológicamente.

En Marea Baja hay, bajo la apariencia de una investigación periodística, toda una intencionalidad filosófica y un aliento poético que, a la manera del de Homero, se te mete por los bajos del sueño y acaricia con dedos de esqueleto el escroto de tu bienpensante comodidad. Marea Baja se lee en un sofá con un café y un cigarro, pero se digiere en la cama de un hospital, con varias copas de orujo y el ánimo lleno de piedras.

Hay quien me ha comentado que Marea Baja sigue con la tradición del realismo mágico, pero es que Galicia existía antes del Realismo Mágico, sólo que cuando saltó el boom todavía nadie se había enterado de que allí la lluvia llenaba de ranas la ropa en los tendederos.

Hace algunos años Luisa Valenzuela me quitó el Premio Feria del Libro con Novela Negra con Argentinos, que es un título increíble, pero yo creo que la novela negra, hoy, se escribe con gallegos. En la atmósfera gallega tenemos componentes de novela negra, de novela erótica, de novela sentimental, de realismo mágico y de novela pulp. El aire de Galicia hoy sopla un crimen, mañana te trae el aroma fértil de una muchacha en flor, y por la noche arrastra hasta tu cama las risas sin esperanza de los muertos. El problema es mezclar bien todos esos ingredientes para conseguir un plato que no te colapse las arterias. Y ahí entra el saber hacer de Canabal. José Enrique arremete contra la corrupción en la sociedad civil, porque José Enrique sabe que la corrupción, ay, es el barroco barriobajero de este nuevo Renacimiento de occidente. La corrupción se encuentra sobre nuestra piel, como las formas irregulares de la Catedral de Santiago, en la que los rostros de los visitantes se funden con la piedra. La corrupción es el ectoplasma triste de un fantasma femenino sin nombre, que en otro tiempo se llamó Democracia, unas veces, y otras, simplemente desesperación.

Porque Marea Baja parece exactamente eso, una novela desesperada. Marea Baja nos engaña, presentándose como una investigación periodística, cuando de lo que se trata realmente es de una autopsia de la esperanza. La esperanza era esa cosa con plumas que decía Emily Dickinson, pero en la obra de Canabal, las plumas están manchadas con el chapapote lento y tristísimo de las corrientes

atlánticas. Poesía más que periodismo, diría yo, porque el periodismo, cuando se hace mirando al mar gris y espantoso de la Costa da Morte, se convierte en los versos más tristes de una noche de amor sobrevenido, los endecasílabos fulgurantes de una tormenta, ay, que nunca terminará con dos tercetos.

Marea Baja es una incursión por las alcantarillas del Infierno, sólo que en lugar de Homero, como en el poema de Dante, quien acompaña al visitante es una meiga que te va recitando al oído versos de amor y muerte, en los que al final descubres que está hablando precisamente de ti. Marea Baja te termina por obsesionar, se infiltra en tus noches en vela. Marea Baja es uno de esos libros que, cuando lo terminas, sabes que no podrás volver a mirar al mundo con la misma mirada. Tengan cuidado con él: las autoridades sanitarias avisan de que su lectura perjudica seriamente la salud. Y ahora, con su permiso, me voy a liar un cigarro.